

La educación como factor clave para la felicidad del individuo

Jorge A. Ortega Cerón *

En términos generales, se puede decir que existe actualmente un consenso más o menos generalizado sobre la necesidad de continuar los esfuerzos reiniciados desde el siglo pasado por muchos economistas y otros científicos sociales, en procura de mejorar la teoría existente sobre el desarrollo, más allá del enfoque de la corriente tradicional predominante, construida sobre una visión limitada del hombre y de la sociedad.

El sentido general de estos esfuerzos en gran parte tiene que ver con retomar una corriente de pensamiento para la cual la felicidad debe ser el fin último del desarrollo, porque sencillamente, a diferencia de los otros criterios e indicadores normalmente utilizados para valorar este proceso, la felicidad es el fin último del ser humano, al que todas las otras cosas se orientan (incluidos el dinero, la libertad, la salud, etc.) y en función del cual se deben valorar (Aristóteles, Bentham, Layard, McMahon).

Por esta razón, para Bentham, el principio unificador y la justificación de cualquier gobierno, de las leyes, de la justicia, de las normas morales y del mercado debe ser la generación de la mayor suma total de felicidad en la sociedad, otorgando igual valor a la felicidad de cada una de las personas.

Es este principio, por lo tanto, el que nos debe ayudar a definir y a establecer las reglas de juego en la sociedad y, en el caso de que estas reglas planteen un conflicto entre sí, nos debe ayudar a revisarlas y a decidir la acción concreta que es mejor, teniendo en cuenta que según este principio lo que realmente debe importar son los sentimientos de las personas, lo que significa que todos los objetivos políticos y económicos deben justificarse en función de estos sentimientos, si no existe un peligro real de que el Estado (y los individuos) incurran en un malsano paternalismo, al decidir que algo es conveniente para los gobernados (para los otros), aún cuando nunca le haga sentirse mejor a nadie o aún cuando esos otros nunca lo sientan así (Layard).

Por supuesto, este mismo principio unificador también se debe aplicar a las acciones individuales del ser humano, las cuales pueden juzgarse como buenas o malas (punibles o no), según



Niños Campaña SED. Foto: Juan Pablo Duarte, S.E.D.

resulten beneficiosas para la propia felicidad (sin implicar infelicidad para otras personas) y/o para la felicidad de los otros (sin suponer infelicidad para uno mismo) (Bentham, Layard).

Sin embargo, las anteriores consideraciones no pueden dejar la impresión de que la felicidad de las personas depende fundamentalmente de lo que reciban del mundo exterior, puesto que la realidad es que la felicidad de cada quien depende en primer lugar del carácter de la propia persona, que viene predispuesta naturalmente (con la capacidad) para ser feliz (Layard), pero que en el camino de la vida, por el aprendizaje, puede desarrollar más o menos esta capacidad y, por lo tanto, ser más o menos feliz con las circunstancias y las cosas externas que la rodean. Facilitar un estilo de vida favorable al desarrollo de esta capacidad debe ser, entonces, el verdadero papel del Estado y del mercado y, en general, de todas las instituciones creadas por el mismo ser humano.

La educación y la capacidad para ser feliz

Toda vez que la felicidad depende principalmente de nuestro carácter y, por lo tanto, de nuestras actitudes (Bentham), carácter que podemos moldear¹ y actitudes que podemos entrenar para ser felices (McMahon), la educación (como formación y como experiencia recibida y vivida en los entornos familiar, escolar, laboral y en los otros entornos vitales de la persona) puede contribuir en gran medida a formar en el individuo, además de la razón y de habilidades prácticas, el carácter y las actitudes más favorables para alcanzar este fin último (Braslavsky, Easterlin). Hoy sabemos cómo desarrollar estas actitudes y sabemos igualmente que a no ser que se adquieran a una edad temprana (en los seis primeros años de existencia) y en la familia, cada vez es más difícil aprenderlas². La terapia cognitiva moderna, la psicología positiva, los cursos bien diseñados de inteligencia emocional, el budismo, las tradiciones religiosas centradas en la vida interior, por

* Subdirector Administrativo y Financiero del Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico – Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C.

Correo electrónico: jortegaceron@yahoo.com

¹ Aunque se debe tener en cuenta que una parte de este carácter depende de los genes.

² Por esta razón y porque la pobreza del espíritu es contagiosa, la enseñanza de estas actitudes positivas debe constituirse en un bien público y, por lo tanto, debería existir una asignatura escolar dedicada a este fin, que se imparta entre uno y los doce años y que incluya temas la como comprensión y la gestión de los sentimientos (incluidos la ira y la rivalidad), el amor y el servicio a los otros, el aprecio por la belleza en el sentido Aristotélico (Platón), causas de la enfermedad y sus remedios, enfermedad mental, drogas y alcohol, familia y educación, trabajo y dinero, discernimiento al utilizar los medios de comunicación y conservación de los valores propios, comprensión hacia los demás y capacidad social, participación en la vida política, nociones filosóficas y religiosas, etc. (Layard).

PEDAGOGÍA CIUDADANA

ejemplo, han encontrado el modo de fomentar el pensamiento positivo y de disipar sistemáticamente los pensamientos negativos que a todos nos afectan, técnicas que bien podrían convertirse en la base psicológica de la cultura del siglo XXI, que debe orientarse fundamentalmente a la conquista de los seres humanos de sí mismos³ (Layard).

Por otra parte, en la medida que el amor es de la mayor importancia para la felicidad del individuo⁴ debemos tener en cuenta que parte esencial del amor es el deseo y que el hombre desea, según lo expresa Sócrates en *El Banquete de Platón*, "(...) lo que no le es accesible y lo que todavía no posee", equivocándose muchas veces al querer buscar la felicidad en lugares donde no se puede encontrar (deseos mal encauzados), "(...) como en la persecución del dinero, el sexo puramente carnal, la fama o en personas que nos hacen daño", razón por la cual el deseo debe ser cuidadosamente educado, como muy bien lo sabían Sócrates, Platón, Aristóteles, Zenón, Epicuro y otros muchos filósofos más, para "(...) dirigir su poder hacia el verdadero bien y la verdadera belleza, aprendiendo a amar las cosas correctas de la manera correcta", por lo que la felicidad no puede reducirse a los meros los placeres sensuales ni confundirse, por lo tanto, con el hedonismo (Braslavsky, McMahon).

En este sentido, una buena educación, al ayudarnos a conocernos mejor a nosotros mismos, resulta fundamental para la felicidad, porque nos puede ayudar a identificar y a buscar cada vez más acertadamente aquellas cosas buenas a las que nunca nos podemos adaptar del todo y a no permitir esta adaptación con relación a las otras cosas que puedan correr este riesgo. Espaciar en el tiempo y en el espacio (en los casos en los que esta última dimensión sea relevante) y aumentar el contraste de las experiencias relacionadas con estas últimas cosas, que son justamente logros que facilita la educación, puede ayudarnos en este propósito, puesto que son mecanismos efectivos para aumentar la incidencia o la intensidad de una sensación particular (Kahneman & Krueger; Kahneman & Thaler; Layard).

Pero para que la educación pueda cumplir mejor con este objetivo se requiere que sea más liberal y humanista (cultural), especialmente en las instituciones educativas de todos los niveles⁵ (como la del siglo XVIII, por ejemplo) y no exclusivamente a favor de los requerimientos de la ciencia y la tecnología y al servicio de la industria y los negocios, lo que hoy resulta muy viable, si se tiene en cuenta que actualmente existe un exceso de oferta de personal calificado para la economía, encontrándose mucha gente adiestrada en exceso para el empleo que desempeña, pero con escasa formación para el disfrute de la

estimulación, pudiendo perfectamente dedicar esos años de exceso de educación para la economía, que de todas formas no usa en su trabajo, a lograr una mayor educación para el placer, lo que sería mucho más beneficioso para la felicidad de las personas, puesto que la eficiencia en la obtención de estimulación en el consumo exige ser generalista (que es justamente lo que no somos tanto), en cambio la eficiencia en la producción deriva, en gran parte, de la especialización. Esto todavía es más importante en los actuales momentos, cuando los avances tecnológicos han incrementado nuestro tiempo libre y no sabemos exactamente qué hacer con este mayor tiempo de ocio. Igualmente, este requerimiento se hace cada vez más necesario a medida que aumenta el nivel de vida, puesto que la mayor riqueza significa más formas de consumo, para cuyo disfrute se requieren mayores habilidades de consumo. Desafortunadamente, hoy la economía hace que nos interesen mucho más las habilidades para la producción que las habilidades para el consumo, porque nos han formado para ponderar mucho más el retorno monetario de la educación. Esta preferencia parece ser muy racional en una sociedad moderna, calculadora y cuantificadora, pero no lo es para una sociedad que busca la mayor felicidad general (Scitovsky).

Lógicamente, al aumentar las habilidades para el consumo, la educación cultural nos da acceso no solamente a las novedades del presente sino también al acervo de novedades acumuladas por la humanidad en el pasado (por ejemplo, en la música, la pintura, la literatura, la historia, etc.), lo que nos permitiría complementar a voluntad y casi sin límites el flujo de novedades actuales como una fuente de estimulación muy valiosa. Si la humanidad tiene una gran despensa de novedades apropiadas durante miles de años y cada vez es más grande, no tiene sentido ni parece racional que la desaprovechemos, fundamentalmente por la falta de la cultura necesaria para disfrutarla. Adicionalmente, esta educación nos facilita la conversación placentera (una de las fuentes más importantes de la satisfacción humana) con un gran número de otras personas, mucho más que la educación para la producción, que solamente nos permite hablar de nuestra profesión o trabajo con los pares que se encuentran en el mismo campo (Scitovsky).

Por supuesto, la educación que denominamos comúnmente formal, también tiene un efecto indirecto en la felicidad, cuando eleva el nivel de ingresos de las personas (Easterlin).

Conscientes del papel fundamental de la educación para potenciar la capacidad de las personas para ser felices, con mucha mayor razón este bien público debe ser tratado como tal, correspondiendo al Estado proveerlo directamente y/o garantizar que sea provisto equitativamente y con calidad para todos los individuos, haciendo realidad uno de las más grandes principios de la filosofía de la Ilustración del siglo XVIII, tal como fue expresada por Bentham, al decir que la mejor sociedad es aquella en la que los ciudadanos son más felices.



Elecciones escolares Colegio Luis López de Mesa Foto: Juan Pablo Duarte, S.E.D.

³ Para las personas psíquicamente enfermas (por ejemplo, de esquizofrenia, trastorno bipolar, depresión aguda, ansiedad extrema, etc., enfermedades que producen gran infelicidad y que son, en general, una mezcla particular de genes inoportunos y de una educación y experiencias destructivas), estas técnicas pueden resultar insuficientes o inefectivas, por lo que los fármacos psiquiátricos aparecen como una segunda posibilidad (Argyle). Obviamente, el creciente progreso de nuestros conocimientos debería aprovecharse para la producción y el suministro de los mejores medicamentos de esta clase, incrementando su efectividad y minimizando al máximo los efectos secundarios que normalmente producen (Layard).

⁴ Es tan importante que para los antiguos griegos como Aristófanes, "la felicidad de la raza humana se encuentra en encontrar el éxito en la búsqueda del amor" (McMahon).⁵ Aunque el énfasis se debe hacer en los primeros niveles, incluyendo muchos más cursos obligatorios de cultura general, por ejemplo, puesto que las habilidades de consumo de ordinario se adquieren por los y las jóvenes mientras se encuentra en la escuela (Scitovsky).